

mayores. Lo que podeis hacer para ayuda desto, procurar traer una imagen, y retrato deste Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han mas de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al menos yo no os creeré si lo usais, porque si no, si faltarán, que el no tratar con una persona causa estrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo, y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el alma con halagos, y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta, que há muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma, y pensamiento á andar á su placer, ó pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne á tomar amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y sino es así, y poco á poco, nunca haremos nada. Y tórnoos á certificar, que si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacareis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejeis de salir buenas dicipulas, ni os dejará, sino le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien, y regalo del dicipulo, ver que su maestro le ama.

CAPITULO XXVII.

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Pater noster, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. «Padre nuestro, que estás en los cielos». ¡O, Señor mio, como parecis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchis las manos, y haceis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡O qué bien venia aquí, hijas, contemplacion perfeta! ¡O con cuánta razon entraria el alma en sí, para poder mejor subir sobre si mesma á que le diese este santo Hijo á entender, que cosa es el

lugar á donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mias, que tal merced como esta no es razon se tenga en tan poco, que despues que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡O Hijo de Dios, y Señor mio! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á vos con estremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja, y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él, como el Hijo pródigo. Hános de perdonar, hános de consolar en nuestros trabajos, hános de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y despues de todo esto, hacernos participantes, y herederos con vos. Mirad, Señor mio, que ya que á vos con el amor que nos teneis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estais en la tierra, y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, vos lo decís, es razon que mireis por su honra; ya que estais vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡O buen Jesus, que claro habeis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, que cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando, y encubriendo al demonio, que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podia hacer, sino vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesus, que habeis hablado como Hijo regalado, por vos, y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo, lo que vos decís en la tierra. Bendito seais por siempre, Señor mio, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues pareceos, hijas, que es buen maestro este? ¿Para aficionarnos á que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciendonos tan gran merced? ¿Pues pareceos ahora que será razon, que aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? ¿Pues que hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad, y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantára; no nos quisieramos co-

nocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es mas bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plega á Dios, haya acuerdo de cosas destas, sería infierno, sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡O colegio de Cristo, que tenía mas mando san Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que san Bartolomé, que era hijo de rey! Sabia su Majestad lo que habia de pasar en el mundo sobre cual era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, ó para tapias. ¡Válame Dios, que gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que si hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre apóstoles: dénla penitencias hasta que entienda, que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen padre os teneis, que os dá el buen Jesus; no se conozca aquí otro padre, para tratar del. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabeis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; ¿pues quién no procurará no perder tal Padre? O válame Dios, y que hay aquí en que os consolar, que por no me alargar mas lo quiero dejar á vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo, y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad, y os la até con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

CAPITULO XXVIII.

En que declara qué es oracion de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse á ella.

1. Ahora mirad que dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos». ¿Pensais que importa poco saber que cosa es cielo, y á donde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho, no solo creer esto, sino procurarlo entender por esperiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está, que á donde está el rey, está la corte; en fin, que á donde está Dios, es el cielo: sin duda lo podeis creer, que á donde está su Majestad, está toda la gloria; pues mirad, que dice san Agustín, que lo buscaba en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mesmo. Pensais, ¿qué importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no há menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni há menes-

ter hablar á voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni há menester alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no estrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como á padre, pedirle como á padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad, en que si el rey os hace una merced, no la tomeis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¿qué me tenga yo al Emperador del cielo, y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me dá, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo, y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme?

2. No os cureis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo, á veces de una manera, á veces de otra, que él os enseñará lo que habeis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tal. Mirad que os vá mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha mas brevedad recoge el entendimiento, y es oracion que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con mas brevedad á enseñarla su divino Maestro, y á darla oracion de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma puede pensar en la Pasion, y representar allí al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y á la columna.

3. Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde está el que le hizo á él, y á la tierra, y se acostumbraren á no mirar, ni estar á donde se distrayan estos sentidos esteriorios, crean que llevan escelente camino, y que no dejarán de llegar á beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que vá en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos dias, y los que van por tierra tardanse mas. Estos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra; aquel rato hacen lo que pueden por librarse della, y recogiendo sus sentidos.

4. Ansimesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operacion (no sé como lo dé á entender, quien lo tuviere si entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya vé lo es las cosas del mundo. Alzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dáles de tal manera de mano, que sin entenderse se les cierran los ojos por no las ver, porque mas se despierte la vista á los del alma. Así quien vá por este camino, casi siempre que reza, tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza á no mirar las de acá; esto al principio, que despues no es menester, mayor se la liace, cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse, y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo, y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay mas, y menos en este recogimiento, mas si se acostumbra (aunque al principio dá trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mismo se corta la cabeza en no darse por vencido) mas si se usa algunos dias, y nos hacemos esta fuerza, verse há claro la ganancia, y entenderán en comenzando á rezar, que se vienen las abejas á la colmena, y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor, que por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma, y voluntad con este señorío, que en haciendo una seña no mas, de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan á ella. Y aunque despues tornen á salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos, y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando á llamar la voluntad, vienen con mas presteza, hasta que á muchas entradas destas, quiere el Señor se queden ya del todo en contemplacion perfeta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Así que caminan por mar, y pues tanto nos vá no ir tan despacio, hablemos un poco de como nos acostumbremos á tan buen modo de proceder. Están mas seguros de muchas ocasiones: pégase mas presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellita que les toque se abrasará todo: como no hay embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandisima riqueza, todo su edificio de oro, y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este

edificio sea tal (como á la verdad lo es, que es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia, y llena de virtudes; y mientras mayores, mas resplandecen las piedras) y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandisimo precio, que es vuestro corazon.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficcion para darlo á entender) y podrá ser aproveché mucho, á vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa mas preciosa, sin ninguna comparacion, dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacias en lo interior; y plega á Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto á las cosas del mundo; porque veriamos cuan bajas son para las que dentro poseemos. ¿Pues qué mas hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta á la vista, harta su hambre en la presa? Si, que diferencia ha de haber dellas á nosotras.

8. Reiránse de mí, por ventura, y dirán, que bien claro se está esto: y ternán razon, porque para mí fué oscuro algun tiempo. Bien entendia que tenia alma, mas lo que merecia esta alma, y quien estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo) no lo entendia. Que á mi parecer, si como ahora entiendo, que en este palacio pequenito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entenderia, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y mas procurara que no estuviera tan sucia. ¡Mas qué cosa de tanta admiracion, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequena! Así quiso caber en el vientre de su sacratissima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequena, para tener en si cosa tan grande, no se dá á conocer, hasta que vá ensanchando esta alma poco á poco, conforme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo, que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinacion, y le desembaracemos, para que pueda poner, y quitar como en cosa propia. Esta es su condicion, y tiene razon su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se dá á si del todo, hasta que nos damos del todo á él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces) ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé como ha

de obrar : es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja, y de baratijas, ¿ cómo ha de haber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿ Pensáis, hijas, que viene solo? ¿ No veis que dice su Hijo : Qué estás en los cielos? Pues un tal Rey á osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penseis que es como acá, que si un señor, ó perlado favorece á alguno, por algunos fines, ó porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

CAPITULO XXIX.

Prosi que en dar medios para procurar esta oracion de recogimiento : dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los perlados.

1. Por amor de Dios, hijas, no cureis de daros nada por estos favores, procure cada una hacer lo que debe, que si el perlado no se lo agradeciére, segura puede estar lo pagará, y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí á buscar premio en esta vida : siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningun caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable ; que hoy está bien con la una, mañana si vé una virtud mas en vos, estará mejor con vos, y si no, poco va en ello. No deis lugar á estos pensamientos, que á las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuan presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfeccion ; lo mejor es, que dure, y vos desfavorecida, y abatida, y lo querais estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos, y miraos interiormente, como queda dicho, hallareis vuestro Maestro, que no os faltará : mientras menos consolacion exterior tuviéredes, mucho mas regalo os hará. Es muy piadoso, y á personas afligidas, y desfavorecidas, jamás falta, si confian en él solo. Ansi lo dice David, que está el Señor con los afligidos. O creéis esto, ó no : si lo creéis, ¿ de qué os matais?

2. ¡ O Señor mio, si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho á los que se quieren fiar de vos ! Creed amigas, que es gran cosa entender, que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvian algo el alma de andar dentro de sí. ¡ O váleme Dios, quién os hiciese entender esto ! No yo por cierto, que sé que con deber yo mas que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando á lo que decia, quisiera yo saber declarar como

está esta compañía santa con nuestro acompañador santo de los santos, sin impedir á la soledad, que él, y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí á todo lo del mundo. Digo que quiere ; porque entendí, que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mismas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente á Dios ; y aun en las mismas ocupaciones retirarnos á nosotros mismos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, solo es que veamos, y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios, y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuan lejos si le vamos á buscar al cielo. ¡ Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros ! No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, ¿ y cerramos los ojos para no mirar, que nos mireis vos ? ¿ Como habemos de entender, si habeis oido lo que os decimos ? Solo esto es lo que querría dar á entender, que para irnos acostumbrando con facilidad á ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quien habla, es menester recoger estos sentidos exteriores á nosotros mismos, y que les demos en que se ocupar ; pues ansi, que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando á gustar, de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará á sentir como está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque á poco tiempo que forcemos á nosotras mismas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas ; de manera, que si hablamos de decir muchas veces el Pater noster, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos mas de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuan de buena gana está con nosotros ; no es amigo de que nos quebreemos las cabezas, hablándole mucho. El Señor lo enseñe á las que no lo sabeis, y de mí os confieso, que nunca supe que cosa era rezar con satisfacion, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de

recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con que quien lo quisiere adquirir (pues como digo está en nuestra mano) que no se cause de acostumbrarse á lo que queda dicho, que es señorearse poco á poco de sí mismo, no se perdiendo en balde, sino ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo: si oyere, acordarse há que ha de oír á quien mas cerca le habla. En fin, traer cuenta, que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo á su Padre, que está necesitada dél. Si pudiese muchas veces en el día, si no sea pocas, como lo acostumbrare saldrá con ganancia, ó presto, ó mas tarde. Despues que se lo dé el Señor, no lo trocaria por ningun tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que si lo teneis un año, y quizá en medio saldreis con ello, con el favor de Dios. Mirad que poco tiempo, para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantáros á grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega á su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amen.

CAPITULO XXX.

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oracion. Trata destas palabras del Pater noster, *Sanctificetur aumen tuum*. Aplicálas á oracion de quietud, y comiézala á declarar.

1. Ahora vengamos á entender como vá adelante nuestro buen Maestro, y comienza á pedir á su Padre santo para nosotros: y ¿qué le pide, qué es bien lo entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide á una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle, y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesus? Cosa me parece para notar. ¿No pudiérades, Señor mio, concluir con una palabra, y decir: Dadnos Padre lo que nos conviene, pues á quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester mas? ¡O Sabiduría eterna! Para entre vos, y vuestro Padre esto bastaba, y así lo pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad, y temor mas dejásteos en la suya; mas á nosotros conocéisnos, Señor mio, que no estamos tan rendidos, como lo estábades vos á la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas, para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque segun somos, si no

nos dán lo que queremos, con este libre albedrio que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

2. O váleme Dios!, que hace tener tan adormida la fé, para lo uno, y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo, ni cuán cierto el premio. Por eso es bien, hijas, que entendais lo que pedis en el Pater noster; porque si el Padre Eterno os lo diere, no se lo torneis á los ojos, y que penseis muy bien siempre que pedis, si os está bien lo que pedis, y si no, no lo pidais, sino pedí, que os dé su Majestad luz, porque estamos ciegos, y con hastio, para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar á la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa, y tan para siempre! Pues dice el buen Jesus, que digamos estas palabras, en que pedimos, que venga en nosotros un tal reino: Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino.

3. Ahora mirad, hijas, que sabiduria tan grande de nuestro Maestro: considero yo aquí, y es bien que entendamos, que pedimos en este reino. Como vió su Majestad, que no podiamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno, conforme á lo poquito que podemos nosotros: de manera, que se hiciese como es razon, si no nos proveia su Majestad con darnos acá su reino: así lo puso el buen Jesus, lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello, y hacer cuanto pudiéremos para contentar á quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo: si no os contentáre, pensá vosotras otras consideraciones, que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos á lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre: y aun esto no os daré á leer, hasta que lo vean personas que lo entiendan.

4. Ahora pues, el gran bien que me parece á mí hay en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego, y gloria en sí mismos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacion grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican, y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa, sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y así le amariamos acá, aunque no en esta perfeccion, ni en un ser, mas muy de otra manera le amariamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

5. Parece que voy á decir, que hemos de ser ángeles, para pedir esta peticion, y rezar bien vocalmente; bien lo quisiera nuestro divino

Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir, y á buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles: ¿y qué imposible sería, con el favor de Dios, venir á esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfección, que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos, que de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias, y quietud del alma, que como por señas les dá claro á entender á que sabe lo que se dá á los que el Señor lleva á su reino; y á los que se le dá acá, como le pedimos, les dá prendas, para que por ellas tengan gran esperanza de ir á gozar perpetuamente lo que acá les dá á sorbos.

6. Si no dijédes que trato de contemplación, venia aquí bien en esta petición, hablar un poco del principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud: mas como digo que trato de oración vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene: perdonadme que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, los levanta Dios (sin entender ellas cómo) á subida contemplación, por eso pongo tanto, hijas, en que rezeis bien las oraciones vocales.

7. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida á esta lo tenía todo; y si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos todas la mental. En ciertos Pater noster que rezaba, á las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos, ó tres horas. Vino una vez á mí muy congojada, que no sabia tener oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente. Preguntéle qué rezaba: y vi, que asida al Pater noster, tenía pura contemplación, y la levantaba el Señor á juntarla consigo en union. Y bien se parecía en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; y así alabé al Señor, y hubo envidia á su oración vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penseis los que sois enemigos de contemplativos, que estais libres de serlo, si las oraciones vocales rezais como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

CAPITULO XXXI.

Que prosigue en la mesma materia: declara que es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar.

4. Pues todavía, quiero, hijas, declarar cómo lo he oído platicar (ó el Señor ha querido dármelo á entender, por ventura, para que os lo diga) esta oración de quietud, á donde á mí me parece comienza el Señor á dar á entender que oyó la petición, y comienza ya á darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos, y santifiquemos, y procuremos lo

hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, ó ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeon, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con poquito mas llegará á estar hecha una cosa con él por union. Esto no es porque lo vé con los ojos del cuerpo, ni del alma: tampoco no veia el justo Simeon mas del glorioso Niño pobrecito, que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente que con él iba en la procesion, mas pudiera juzgarle por hijo de gente pobre, que por Hijo del Padre celestial; mas dióselo el mesmo Niño á entender, y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende como lo entiende, mas de qué se vé en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar) y parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

2. Es como un amortecimiento interior, y esteriormente, que no querría el hombre esterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendais) digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar á caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Sientese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfacion en el alma. Está tan contenta de solo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta, no le parece hay mas que desear, las potencias sossegadas, que no querrían bullirse, todo parece que le estorba á amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quien están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando así, es de ver, que ha de tornar á tener libertad. El entendimiento no querría entender mas de una cosa, ni la memoria ocuparse en mas; aquí vén que esta sola es necesaria, y todas las demás las turban. El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y así no se osan bullir. Dales pena el hablar; en decir Padre nuestro una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que vén que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y vén que les comienza ya á dar aquí su reino.

3. Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querrían ver, ni oír, sino á su Dios. No les dá pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacion, y deleite, que en sí tiene, están tan embebidas, y absortas, que no se acuerdan, que hay mas que desear; sino que de buena gana dirían con san Pedro: Señor hagamos aquí tres moradas.